

COLEGIO SALESIANO
de la
STMA. TRINIDAD
SEVILLA - ESPAÑA

1 Marzo 1970



Mis queridos hermanos:

Esta Casa de la Santísima Trinidad se ha visto probada de nuevo en este curso escolar, con la muerte del llorado sacerdote

D. Francisco de la Hoz y Cavielles

a los 68 años de edad. Todos le veíamos recuperarse lentamente de una larga y pesada enfermedad, que nos había hecho temer por su vida, cuando de improviso el día 10 de Febrero era arrebatado hacia el cielo.

La muerte sigue siendo el camino que lleva a la verdadera vida; por eso que nuestro querido Don Francisco ya está viviendo

felizmente en compañía de María Auxiliadora y de nuestro Santo Padre Don Bosco, pues ese era el final de su camino, esa la meta de su vida, el retorno a la casa del Padre.

Don Francisco había nacido en Santander en 1901. A los seis años entró en la Casa salesiana y quedó prendido para siempre de la figura de Don Bosco. Muchos años después, con ocasión de la Canonización de Don Bosco, confiaba a uno de sus amigos: «Si la aurora de este día, no me hubiera encontrado salesiano, hubiera sido el día más aciago; en cambio hoy me siento totalmente feliz».

En 1915 va a Campello para iniciar los estudios eclesiásticos; eran los años tremendos de la primera guerra europea que daba sus coletazos aún en los países neutrales. En el año 1919, en Carabanchel Alto, en manos del P. Antonio Castilla, gran maestro de espíritu, que deja en él una impronta que no se le borrará: un amor a cualquier costo a la Congregación, hace el Noviciado.

Los estudios de Teología los hace llevando de un brazo los libros sagrados, y en otro, cuadernos abundantes que corregir de sus alumnos. Fueron años duros de trabajo y de esfuerzo que dieron un grupo de hombres a la Inspectoría que, en contraste a las limitaciones de tiempo, quedaron marcados por el afán de saber. Se ordena de sacerdote en San José del Valle en 1931 y el trabajo y el estudio continuán sin pausa; el año 1932 es maestro nacional y en 1935 se licencia en Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla.

Un año más tarde es nombrado director de la Casa salesiana de Ronda. Dos meses de pesadilla y persecución sangrienta habían dejado sobre las eras cercanas las rosas martiriales de ocho salesianos. El Inspector se presenta al finalizar aquellos días y sabe de la dura tragedia; lleva de la mano al joven nuevo director. El Colegio convertido en hospital de sangre, saqueados los templos, la guerra a unos metros de la ciudad, la sangre de los salesianos aún fresca y el aspecto macabro de la huída, fue la herencia para sus ojos de poeta y soñador. Y Don Francisco puso manos a la obra y la Casa de Ronda quedará en su ánimo como la obra de su juventud. Reconstruye la iglesia de la que es nombrado Párroco, abre las puertas del Colegio y recorre la ciudad restañando heridas muy profundas abiertas en los largos meses de angustia y dolor.

El Colegio recuperado se organiza y vuelve a preparar hombres para un mundo sin odios. La devoción de María Auxiliadora cobra tal auge que es proclamada Patrona de la Serranía. En el año 1942 es destinado al Colegio de Córdoba como Director.

En el año 1943 se le encarga de la formación de los universitarios. Era entonces una obra audaz tanto por la realización

el ministerio de la pluma. Para él la pluma fue un auténtico ministerio. Su tema permanente los tres grandes amores de su vida: Don Bosco, San Francisco de Sales y María Auxiliadora.

— San Francisco de Sales, cuyo patronazgo se había procurado, encontró en él no sólo al panegirista entusiasta desde el púlpito o desde la prensa diaria, sino el publicista de sus escritos preparados para la colección de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC). Supo mantener encendida en estos últimos años ante y post-conciliares la llama encendida de amor al Obispo de Ginebra con tal calor y entusiasmo, que se convirtió sin quererlo en el paladín de la devoción al preclaro patrón de la Congregación de Don Bosco.

— Don Bosco: sobre Don Bosco escribió sus «Floreillas» en tres tomos y unas «Meditaciones salesianas» que durante muchos años llenaron un gran vacío en la Familia Salesiana. Escribió infinidad de opúsculos de propaganda salesiana para dar a conocer las devociones a Don Bosco y María Auxiliadora; tradujo del italiano obras, que bajo la firma comercial Ediciones HIMA y los auspicios de las Hijas de María Auxiliadora, se extendieron por todos los países sudamericanos. Para la Hermandad de los Estudiantes preparó una obra de «Meditaciones de la Buena Muerte» muy cotizada todavía por todos los hermanos.

En una palabra, robando muchas horas al sueño como lo hiciera nuestro Santo Fundador, logró dar a la luz publicaciones, que en trabajo normal hubieran exigido una dedicación exclusiva durante mucho tiempo. En su última enfermedad me decía más de una vez: «Todo esto que me pasa, Sr. Director, es una prueba que me manda el Señor cada diez años». Lo que no sabía él era que el diagnóstico médico denunciaba el desgaste por el excesivo trabajo; en más de una ocasión me dijo que por años enteros había trabajado hasta las tres de la madrugada en el deseo de conseguir el índice más alto de rendimiento en su entrega a la Iglesia y a la Congregación.

— Sacerdote amante de la Eucaristía y de la Virgen: Don Francisco era un enamorado de la Eucaristía. Miembro de la Adoración Nocturna durante muchos años, con qué asiduidad asistía a su turno de adoración desde cualquier parte donde se encontrara. Esto le llevó al servicio de los pobres a través de la Santa Caridad de la que era hermano. Con respecto a la devoción de María Auxiliadora fue Don Francisco un enamorado desde los primeros años de su vida salesiana; en Sevilla concretamente dirigía un grupo de Archicofrades que en torno a la imagen de la Virgen de Don Bosco, donada por un sacerdote Antiguo Alumno Salesiano, se venera en la Iglesia de la Misericordia, donde Don Francisco acudía puntualmente

como miembro numerario y su toma de posesión se hizo con un memorable discurso sobre el cardenal Spínola, ilustre pastor de la Iglesia sevillana y muy amante de la Congregación de Don Bosco; Don José Sebastián y Bandarán, en su discurso de contestación, dijo entre otras cosas: «Merece mención especialísima la labor que al frente de la Residencia Universitaria Salesiana viene realizando este buen Padre... Obra, en verdad, laudabilísima de la Residencia Universitaria, prolongación del bendito hogar de familia, con su ambiente caldeado por el calor de las virtudes cristianas, con sus apretados lazos de admirable confraternidad, con su vigilante tutela, ejercida, no por mezquinos intereses de lucro sino por la ardiente vocación de cuidar y moldear las almas de los jóvenes...».

Don Francisco se siente animador espiritual del mundo que le rodea e interviene en las Cofradías, en la Universidad, en la Curia Diocesana, en el Seminario. Qué testimonios más hermosos de los seminaristas de ayer, sacerdotes hoy, nos llegan uniéndose a nuestro dolor.

Cada año, durante el mes de septiembre, a diario, va a servir la comida a los pobres acogidos en el Hospital de la Santa Caridad.

Tratar de resumir su vida inquieta, andariega, de servicio incansable a los demás es tarea difícil. El Sr. Cardenal de Sevilla resumía así su impresión del padre De la Hoz: «Lo he tratado mucho a lo largo de mis quince años en Sevilla, siempre he visto en él muchísimas cualidades de virtud, ciencia, prudencia, laboriosidad, espíritu de sacrificio, colaboración y ayuda en este ejemplarísimo salesiano.»

Quisiera destacar, para enseñanza nuestra, algunos rasgos que perfilan su figura de hijo de Don Bosco:

— Director de conciencias: por los caminos más diversos, este salesiano había venido a estar en contacto con una variedad extraordinaria de almas. Don Francisco era sobre todo un director de espíritus. Hombre de una gran libertad de conciencia y de profundo sentido humano, de cuántos secretos ha sido confidente; muchas vocaciones se han sentido sin duda sujetas a la suya. Durante años ejerció una amplia dirección espiritual en el Seminario Diocesano y cuántos sacerdotes todavía hoy le buscaban para consultar sus problemas personales.

— Trabajador incansable: parecía tener avaricia del tiempo. Se sobrecargaba de trabajos y ministerios en afán de servir. Cuántas comunidades de religiosas han visto en él resueltos sus problemas a costa de sacrificios extraordinarios en sus horarios personales. Colaboraba en diversas revistas y no desdeñaba enviar artículos a cualquiera que se lo solicitase. Pero su trabajo lo orientó fundamentalmente en la educación de los jóvenes universitarios y en

como por la idea. Al frente de un grupo de universitarios en el desaparecido Colegio de San Benito echa los cimientos de lo que después habría de cuajar en el magnífico Colegio Mayor San Juan Bosco, gloria de la Congregación y de la Iglesia, por donde han desfilarado miles de jóvenes universitarios, asimilando el espíritu de Don Bosco. El Director del mismo, en la oración fúnebre de la Misa con motivo de su muerte celebrara el Rvdo. Sr. Inspector para los Antiguos Alumnos del llorado Don Francisco, decía textualmente, citando a Don Manuel Olivencia, Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Hispalense y uno de los primeros alumnos del Colegio:

«Don Francisco de la Hoz, piloto sereno en aquellas difíciles singladuras, fue el Director ejemplar que supo imprimir «estilo» y orden a la recién nacida Residencia. Combinó en la tarea la rectitud de religioso y la cultura universitaria de auténtico intelectual, Programó con visión de futuro la vida de esta Casa y trazó con decisión y con acierto, el camino seguro de su primera etapa».

Don Francisco se adhiere de tal modo a la Residencia Universitaria, que la hace su obra maestra; de ella dirá el citado catedrático en el acto de la imposición de becas del presente curso conmemorando el veinticinco aniversario de su fundación:

«No importa que en sus orígenes no gozase del reconocimiento puramente oficial y administrativo de Colegio Mayor. Esta Casa lo fue realmente desde sus orígenes. Aquí vivimos un sistema de vivencias, un estilo estrictamente universitario. Aquí aprendí el difícil arte de la convivencia, aquí aprendí a interesarme por los problemas de los demás, aquí me descubrieron los extensos horizontes de la ciencia, aquí me inquietaron espiritualmente los temas que escapan a la intelectualidad, aquí me enseñaron a dialogar, a respetar con detalle intelectual las opiniones contrarias en materias discutibles, aquí, en fin, asimilé la dura asignatura de ser universitario.»

A la vuelta de los años nuestra Residencia Universitaria sería elevada a la categoría de Colegio Mayor, pero el sello y la andadura se los había marcado su primer Director en una entrega generosa y sin límites.

Rejuvenece cada día en medio de los estudiantes. Su carácter se dulcifica de tal modo que la RUS se convierte en un auténtico hogar. Al filo de las fiestas jubilares sus antiguos residentes le preparaban un homenaje, con la concesión de la Cruz de Alfonso X el Sabio. Pero Don Francisco, poco amigo de homenajes se ha ido sin que se pecataran.

Hombre culto, la Real Academia de Buenas Letras le eligió

a la cita de los 24 y donde las señoras escuchaban de sus labios los prodigios que la Virgen seguía obrando en favor de sus devotos.

Su muerte en edad temprana era de prever dado el estado de agotamiento en que se encontraba, prematuramente consumida la vida. Con todo, su noticia nos ha dejado llenos de pena y ha corrido rápidamente entre sus muchos conocidos y antiguos alumnos.

En el funeral estuvieron representadas las instituciones docentes y académicas de la ciudad, así como un gran número de hermanos venidos de las casas de la Inspectoría y exalumnos de las casas en que él trabajara.

El funeral de cuerpo presente se celebró en la iglesia de la Santísima Trinidad, presidido por el muy Rvdo. Sr. Inspector el día del Miércoles de Ceniza, cuando el alumnado del Colegio se preparaba a dar comienzo a los Ejercicios Espirituales; no pudieron tener un pórtico más elocuente.

Para nuestra Inspectoría supone un gran vacío, pero a todos nos consuela el ejemplo de generosidad con que ha vivido su vocación salesiana que hoy nos lega como testamento espiritual.

Os ruego encomendéis al Señor el alma de nuestro querido hermano Don Francisco y a la par os pido que tengáis un recuerdo por esta Casa ya doblemente probada por el Señor en el presente Curso y por vuestro afectísimo en Don Bosco,

JOSE HERNANDEZ ANDRES
Director